



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—CHINA: Viaje de un misionero; costumbres de los paganos, pág. 121.—VIAJE POR EL KUANG-SI Y EL KUY-TCHEU: II, De la ciudad de Pid-tcheu al rio Hong-chuy-kiang (*continuacion*); III, Desde el rio Hong-chuy-kiang á la ciudad de Kin-yuen-fu, 124.—TUNG-KIN ORIENTAL: Extraordinario fervor de los tunquineses en la Semana Santa, 130.—FILIPINAS: Excursion apostólica, 131.—CRÓNICA: España, Roma, Japon, Estados-Unidss, América meridional, Filipinas,

Noticias varias, 133.—Leon XIII y la Propaganda, 138.—Inauguracion de la basilica de San Salvador en Jerusalem, 138.—Las Misiones católicas y el Gobierno italiano, 139.—Las religiosas juzgadas por los protestantes, 139.—Torrente de oro, 140.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 36 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Meroado de San-li-se, 121.—Tipos del Kuang-si y del Kuy-tcheu, 125.—Puerto de U-Ngay, 128.—Un alto incidentado, 129.—Tai-ho-hien, subprefectura del Yun-nan, 132.—Labrador chino, 133.

El presbítero D. Juan Bautista Altés y Alabart, de cuya castiza pluma han saboreado ya nuestros lectores hermosos artículos, se digna honrar estas columnas con el siguiente drama en dos actos y en verso, inédito aún, y que no dudamos ha de complacer á nuestros suscritores. Lo iremos continuando en los números sucesivos hasta su conclusion.

LA PALOMA DEL CARMELO,

Ó LA VOCACION RELIGIOSA DE SANTA TERESA DE JESÚS.

PERSONAS.

TERESA, (14 años de edad). ISABEL, (15 id.).
MARÍA, (26 id.). BEATRIZ, (16 id.).
RODRIGO, (13 id.). PAULA, CRIADA, (30 id.).

La accion pasa en Ávila, en el siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

Sala grande amueblada con severidad y buen gusto. En el fondo una puerta que conduce á la casa y á la calle. A la izquierda una puerta que comunica con el cuarto de Teresa. A la derecha otra puerta que da á la habitación de María.

ESCENA I.

MARÍA Y PAULA.

MARÍA. . . . Ya lo tienes entendido.
PAULA. . . . Está bien, señora.
MARÍA. . . . Mira,
no olvides mis advertencias;
no quiero yo que se diga...
PAULA. . . . ¿Quién ha de decir, señora?
MARÍA. . . . Ni aun la palabra más minima
en desdoro de esta casa
que, por la gracia divina,
siempre ha sido y quiero sea
limpio espejo de hidalguía,
de nobleza, de honradez...
PAULA. . . . Señora, mira á la vista
de todo el mundo está en...
¿Quién puede...
MARÍA. . . . ¿Quién? En la habitación
de las señoras es una grande,
y no callan, por desgracia,
quienes con ojo avizor
todo lo observan, lo miran...
PAULA. . . . Pues lo que es en esta casa...
aun las gentes más malignas
pueden observarla, tanto
de noche como de día,
que nadie ha de ver en ella
cosa alguna que desdiga
de las personas más...
MARÍA. . . . Cierito;
mas nunca será excesiva
la atencion, ni...
PAULA. . . . ¿Eso faltara,
estando doña María?
MARÍA. . . . Ni quiero que falte nunca.
Mi hermana que en pocos dias
se ha transformado en mujer
(¡Y qué preciosa y qué linda!)
PAULA. . . . no se me oculta, despierta
afectos y simpatías
en los jóvenes...
PAULA. . . . Y en todos
cuantos tengan alma y vida.
¡Lo orgullosa que yo estoy
cuando la acompaño á misa!
¡Cómo la contemplan todos,
y se acercan, y la miran!
Bien bajar puede los ojos
y hacerme andar más aprisa
para evitar las miradas
que ella, á su pesar, cautiva.
Porque con esto ¿usted sabe
qué logra mi amada niña?
Pues encender más las rosas
tempranas de sus mejillas,
dar á sus ojos parleros
más hechizo y picardía,
embellecer más su rostro
que aun los ángeles envidian,

y aumentar de todo el cuerpo
aquella gracia nativa,
aquel donaire que á todos
seduce, y tantas admiran.

MARÍA. . . . ¿Te callarás? ¿A qué vienen
semejantes boberias?
Lo que digo es que no olvides...
PAULA. . . . Quedará usted complacida.
MARÍA. . . . Que aunque nos falta la madre,
conservamos aun muy vivas
su memoria, sus virtudes,
y su honestidad limpisima
PAULA. . . . (¡Qué pesadez!) ¿Puedo irme?
MARÍA. . . . Vete. Mas... nada le digas.
(Escuchando y mirando por el foro.)
¿Quién viene ahora? ¡Ah! Es Rodrigo.
Tambien merece le riña.

ESCENA II.

RODRIGO Y MARÍA.

RODRIGO. . . . (Entrando por la puerta del foro)
Ya ves cuán pronto me tienes
hoy á tu lado, María. (Se sienta junto á ella)
MARÍA. . . . Te lo agradezco, á fé mia.
¿Mas cómo tan solo vienes?
¿No andabas acompañado
de tus primos?
RODRIGO. . . . Si; mas viendo
que iba aprisa anocheciendo
¿qué quieres? los he dejado.
MARÍA. . . . ¿Sin invitarles?
RODRIGO. . . . Mañana
vendrán.
MARÍA. . . . (Con enojo) ¡Como de costumbre!...
RODRIGO. . . . ¿Es que te da pesadumbre
que nos visiten, hermana?
MARÍA. . . . No extraño, Dios es testigo,
el que Gonzalo y Martín
nos visiten, porqué al fin,
son primos nuestros, Rodrigo.
Pero, vamos, no está bien,
y ha de verse con sorpresa
que con tu hermana Teresa
sean tan familiares.
Bien lo sé, en ella no falta
ni discrecion, ni virtud;
pero tanta levandura...
tal hechizo...
Y ellos, apuestos, galanes,
bizarros, aduladores,
hablando siempre de amores,
presa de tiernos afanes,
y... ¿No comprendes, hermano,
que esto no puede seguir?
¿Se lo habré, al fin, de decir?
RODRIGO. . . . Pues, María, será en vano.
MARÍA. . . . ¿Que será en vano?
RODRIGO. . . . Es que ignoras
lo que ellos dicen.
MARÍA. . . . A ver.
RODRIGO. . . . Que no tienen más placer
que el hablarla á todas horas.
MARÍA. . . . ¿Los dos?
RODRIGO. . . . Los dos. Sobre todo,
don Gonzalo.
MARÍA. . . . Lo pensé.
RODRIGO. . . . Dice que no puede...
MARÍA. . . . ¿Qué
no puede?
RODRIGO. . . . De ningún modo
dejar de ver á Teresa
y de hablarle cada día;
que si no, se moriria.
MARÍA. . . . (Burlando) ¡Tan jóven ir á la huesa!
RODRIGO. . . . Y que no pasa un momento
sin que...
MARÍA. . . . Sin que la recuerde.
RODRIGO. . . . Y además...
MARÍA. . . . (Con burla) ¿Más hoja verde?
RODRIGO. . . . Que el no verla es su tormento.
MARÍA. . . . Por supuesto. (Aparte) (Ya temi
esta amorosa maraña.
Nunca el corazon engaña).
(A Rod.) Y á ver qué más dijo; di.
RODRIGO. . . . Como no habla de otra cosa,
imposible es recordar...

¡Ah! y añade que á pesar de todo...

MARÍA. . . . ¿Será su esposa?

RODRIGO. . . Tan claro así, no lo dice; mas demasiado comprendo...

MARÍA. . . . Pues ya se irá convenciendo de otra cosa el infelice.

¿Y eso también á tu hermana le ha dicho el jóven galán?

RODRIGO. . . ¡Oh! no lo creo, no es tan...

MARÍA. . . . ¿Acaso Teresa es rana?

(Aparte) Esto saber me cumplía para obrar cual corresponde á mi deber.

RODRIGO. . . ¿Pero dónde Teresa está? (Llamando) ¡Hermana mía!

¡Teresa!

TERESA. . . . (Apareciendo por el foro) Mi buen Rodrigo, ya vengo; calla por Dios.

MARÍA. . . . Quedaos aquí los dos.

TERESA. . . . ¿Sales? (Con cariñoso mimo)

MARÍA. . . . Pronto estoy contigo.

LA LIMOSNA DEL POBRE.

Dos señoras que forman parte de una asociación de caridad establecida en París, recibieron no hace mucho tiempo la misión de visitar una pobre familia del barrio de San Marcelo; en el cual se llora hoy aún, como todos saben, la muerte de la Hermana Rosalía. Equivocando las señas que les habían dado; entran en una casa de triste y pobre aspecto, suben trabajosamente una escalera oscura y llaman en todas las puertas que encuentran al paso. En el primer piso nadie contesta: en el segundo, al llamar en la tercera puerta de la derecha, una voz débil responde: Adelante.

Abren y se hallan en un cuarto muy limpio, pero completamente desprovisto de muebles. Una mujer jóven, de fisonomía dulce, en la que se descubren todavía las huellas de la fiebre, está echada en un jergón sobre el suelo. Al lado tiene una botella de agua y un vaso.

Las señoras, al entrar, se miran al otro lado de la puerta y se encargan de socorrer.

—Yo no he solicitado el socorro; les dice ruborizándose, y muy pronto una Hermana de la Caridad me traerá las medicinas que necesito para completar mi curación; porque en la actualidad estoy casi enteramente bien. Pero, añadió animándose é incorporándose á medias; ¡oh sí! ciertamente es Dios quien os envía y quien ha hecho os detuvierais ante mi puerta. Subid otros dos pisos, y llamad en la del cuarto que cae encima de este. ¡Dios haga que no sea demasiado tarde! Apresuraos si queréis llegar á tiempo; os lo pido por favor.

Las dos señoras subieron prontamente, como puede suponerse, las escaleras y llamaron en la puerta que se les había indicado: nadie contesta: llaman de nuevo una y más veces y al fin una voz bronca responde:

—¿Quién llama?

—Abrid, os traemos algun socorro...

—No tenemos necesidad de socorros: ¡dejadnos morir!

—¡Abrid por Dios! ¡Abrid sin tardanza!

—No, os he dicho; dejadnos en paz; nos queda muy poco que sufrir.

—¡Abrid en nombre de Dios! ¡Vuestra vecina del segundo piso es la que nos envía!

—¿Nuestra vecina?

—Sí; una pobre jóven muy enferma.

—¡Nuestra vecina enferma!

Y al decir esto la puerta se abre, rompiendo los papeles que tapaban herméticamente todas sus rendijas. La única ventana de la buhardilla estaba cerrada del mismo modo; y el fatal hornillo de carbon, colocado en el centro de la estancia, comenzaba á despedir el gas mortífero. El hombre se hallaba en pié: la mujer de rodillas al lado de un monton de harapos, sobre el cual dormían dos niños, ocultaba su cara entre las manos. La impresión fría del aire exterior despertó á uno de los niños.

—¡Mamá, pan! exclamó inmediatamente.

—¡Ah! dijeron las dos señoras á un tiempo; nosotras no traemos pan, pero hé aquí azúcar, chocolate... come, come, hijo mío; y la más jóven cogió en sus brazos al niño, que devoraba el chocolate con avidez.

—¡Mama, dijo, cuán bueno es! ¿Estamos ya en el Paraíso? ¿Son estas señoras los ángeles de que nos hablabas?

La madre contemplaba llorando á su hijo en brazos de aquella señora, pero la de más edad, dándole algun dinero, le encargó fuera cuanto antes en busca de otros alimentos más sustanciales.

El padre miraba el cuadro, con el aire de un sonámbulo; al fin y como quien despierta de una pesadilla:

—Señoras, dijo, venis en nombre de nuestra vecina del segundo, ¿sois acaso sus amigas?

—No, una feliz equivocación nos ha hecho llamar en la puerta de su cuarto: viéndola enferma, le hemos ofrecido algun socorro, pero lo ha rehusado todo para enviarnos aquí. ¿Quién es vuestra vecina?

—¡Un ángel, señora, un ángel del cielo! Nuestra vecina es obrera y trabajaba para un gran almacén de ropa blanca. Su jornal le bastaba para vivir y aún le procuraba algunas comodidades, cuando vinimos á esta casa. Con frecuencia le sucedía encontrar á mis hijos en la escalera y nunca dejaba de hacerles caricias y darles algunas golosinas; cuando yo caí en cama, con una enfermedad terrible, la fiebre tifoidea. Mi mujer criaba entonces nuestro segundo hijo. Para que ella pudiera descansar, nuestra vecina subía á velarme por la noche, después de haber trabajado todo el día. Nuestros ahorros y los suyos se agotaron muy pronto, y por último todo su menaje fué á reunirse con el nuestro en el Monte de Piedad. Dos días hace no la veíamos; aunque débil todavía he bajado esta mañana hasta su cuarto, y al encontrarla enferma y ver aquel cuarto desmantelado completamente por nuestra causa, he perdido la cabeza y he vuelto aquí, furioso contra mi mujer porque no me había dejado morir de mi enfermedad para morir de hambre y resuelto á poner término á una vez á tanto sufrimiento. Levante, os he dicho; ella no quería dejarme y se trataba de calmar mi desesperación. Pero yo estaba loco y no la escuché: ¡Pues hija, si queréis morir, moriremos todos juntos. Me ha puesto á rezar y me ha dejado hacer: nuestros hijos dormían y vos habéis venido...

La mujer entro en aquel momento con un cesto bajo el brazo y sosteniendo á la jóven obrera que fué á sentarse sin aliento sobre los harapos que servían de cama á los niños.

—¡Oh Pedro, Pedro, dijo tan pronto como pudo hablar, vuestra mujer me lo ha contado todo y subo á reñiros! ¡Cómo, después que Dios os ha curado, y cuando dentro de pocos días estaréis en disposición de comenzar nuevamente vuestro trabajo, habéis querido hacer lo que la enfermedad no ha hecho! ¿Habéis pensado de veras en ello? ¿Mataros y matar á vuestra mujer y á vuestros hijos? ¿Sabeis que ese es un crimen enorme?

Pedro la miraba conmovido; gruesas lágrimas corrían abundantes por sus mejillas. En fin no pudo resistir más, y cayendo de rodillas exclamó entre sollozos:

—¡Perdon, perdon, yo soy un desgraciado y no un ángel como vos! Al veros enferma careciendo de todo por culpa nuestra, me ha parecido que era vuestro asesino, y no sé lo que he hecho!

La señora de más edad tomó entre las suyas las manos de la obrera:

—Sí, hija mía. Pero tiene razón, le dijo; vos sois un ángel. Se nos cree caritativas porque hacemos algun bien. Pero vos lo habéis sacrificado todo: todo, hasta vuestra vida. ¡Oh cuán bella corona os espera en el cielo!

No tenemos necesidad de añadir que las dos señoras se apoderaron de todas las papeletas del Monte de Piedad, y que el mismo día el mobiliario de las dos habitaciones ocupaba de nuevo su lugar, y que bendiciendo á la Providencia que las había puesto ante los ojos tan heróico ejemplo de caridad, fueron en busca de la pobre familia cuya visita se les había encargado, la cual no perdió nada por aquel retraso involuntario.

(De El Pilar).

Imp. de Bertrán y Altés, Pelayo, 60, bajos.—Barcelona.

SECCION DE ANUNCIOS

SEMANAS SANTAS

las hay en *castellano*, encuadernadas á 2 pesetas, á 2'50 y á 5 (con letra grande y corte dorado).

En *latin* encuadernadas en piel á 3 pesetas 50 céntimos, y á 4'50, encuadernadas en chagrin y cortes dorados, á 5 y 7 8 y 10 pesetas, encuadernadas en medio chagrin y corte encarnado.

DEVOCIONARIOS.

El Piloto Divino, recuerdo de la Mision y primera Comunión; un tomo encuadernado con planchas doradas á 25 céntimos de peseta.

El Faro Divino, edicion 2.^a completísima con el Oficio de la Semana Santa, de más de 725 páginas, encuadernado en piel de color y relieves 1 peseta 50 cént., encuadernado en tafilete 2 pesetas, en chagrin y corte dorado 5 pesetas.

El Diamante del Cristiano, á 1 peseta encuadernado con cantoneras y broches.

La Mujer Católica, (tamaño mayor) precio 2'50 pesetas encuadernada en piel color y corte dorado, las hay en encuadernaciones de piel de Australia y piel de Rusia, con broches y estuches desde 14 á 25 pesetas.

Eucologio Romano, Devocionario completo tamaño grande (encuadernaciones y precios igual que la Mujer Católica).

Además hay de otros muchos títulos en tamaños grandes y pequeños propios para regalos para la primera Comunión

La Agorá de Jesús. Tratado del sufrimiento moral, por el Rdo. P. Blot, traducido al castellano por D. Joaquín Rubio Ors, catedrático de filosofía y letras de la Universidad de Barcelona.—Tres tomos en 4.^o encuadernados en rústica 22'50.

Del conocimiento y amor de Jesucristo.—Tratado escrito en latin por sacerdote anónimo, y traducido por D. José Pallés, con un prólogo por D. Félix Sardá y Salvany, Phbro.—Libro de oro en el que se dá exprimida la quinta esencia de muchos gruesos volúmenes, que el autor extrajo al calor sin duda de profunda meditacion enardecida y caldeada en la fragua del más puro amor divino.—En 18.^o, de más de 500 páginas, en piel de color y relieve 1'50 pesetas.

Comedia famosa de los Terceros de san Francisco, por Lope de Vega, 1 peseta.

LA CIENCIA DEL CRUCIFIJO.

Meditaciones para el tiempo de la vida y de la muerte, por el Rdo. P. Pedro Marie, de la Compañía de Jesús. Obra revisada y corregida por el P. Grou de la misma Compañía.—Un tomo en 16.^o en rústica, 0'50. peseta.

LA CIENCIA PRACTICA DEL CRUCIFIJO

en el uso de los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, continuacion del libro titulado «La Ciencia del Crucifijo», por R. P. Grou de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 16.^o en rústica, 0'50 pesetas.

LOS CUENTOS DE LOS ANGELES

del Rdo. P. Federico Guillermo Faber.—Un tomo en 12.^o con papel satinado, en rústica 0'50 pesetas.

LIBRO DE ORO DE LOS NIÑOS

La primera Comunión, por Madame Leon Gautier, precedida de una carta de Mons. Hermillod, traducida por D.^a Josefina Parelló, profesora elemental y superior.—Un tomo en 12.^o encuadernado en percalina y planchas doradas 1'50 pesetas.

RECOMENDAMOS

del autor y editor es la propaganda de dicho Devocionario.

á nuestros lectores se fijen en el anuncio-prospecto que en este número incluimos, advirtiéndoles que al que haga algun pedido de importancia se le hará un buen descuento, pues el fin

Los pedidos á D. Juan Grabulosa, Librería de la Inmaculada Concepcion, Buensuceso, 13, Barcelona.